



## ARTES VISUALES

«Loteo», 2019.  
Acuarela y óleo  
sobre 2 papeles.  
51 x 36 cm.  
Foto: © ADAGP  
Christiane Pooley

Como si fuera dueña de una cartografía capaz de alternar distintos dominios de la memoria, **Christiane Pooley** (1983) construye y deconstruye a través de su obra. Aparecen paisajes que se convierten en recuerdos. Atmosferas que van tejiendo emociones. Escenas casi etéreas que se enfrentan a una potente inmensidad que deja ver universos infinitos. “La pintura puede hacer referencia a elementos contradictorios, poner en un mismo plano diferentes temporalidades, la relación de la pintura con la geografía y también el aspecto humano de la geografía”, dice a la hora de establecer cuáles podrían ser algunos cánones que componen un trabajo que nace con arrojo figurativo y que suma bordes abstractos para un relato que no detiene su reflexión sobre la noción del tiempo.

Nació en Temuco y, antes de ingresar a la Escuela de Arte de la Universidad Católica, su camino de aprendizaje comenzó con libros, reproducciones e imágenes de arte clásico. Si bien era un hábitat de provincia, desprovisto de museos y sin la actualidad cultural propia de las grandes ciudades, fue un inicio prolífico para ella. A través de esas escenas que veía impresas en papel fue formando un imaginario que logró conectarla con una espiritualidad que aún recorre su obra. Un momento donde nacieron los cuestionamientos existenciales, donde los personajes del pasado y del presente podían desafiar la cronología sistemática para ser compañeros de una escena posible. Su llegada a Santiago marcó el tránsito para un estudio sistemático de la pintura, donde pudo recorrer los pasajes de la historia del arte, como también las expresiones precolombinas, todo bajo una tutela academicista que ponía un fuerte acento en lo técnico. Con los años, cuando hizo el postgrado en Bellas Artes en el Chelsea College of Arts, de Londres, descubrió que esa formación más cercana a lo clásico finalmente había sido un buen despegue para invadir sus obras de una reflexión permanente sobre el hombre y el espacio que lo acompaña.

Además de presentar sus trabajos dos veces en la Galería Patricia Ready (2010 y 2015), ha expuesto en Sandnes Kunstforening, de Noruega; la Feria Summa, de Madrid; la Galerie Esther Donatz, de Múnich, y en la New Galerie, de París. Fue reclutada para la colectiva Sub-30 del Museo de Arte Contemporáneo en Santiago y la curadora Paula Alzugaray presentó sus trabajos en el Paço das Artes, de São Paulo. También ha expuesto en la Künstlerliasion, de Múnich; en la Fiac, de París; en la Arsenal di Venezia, con curatoria de Franz West, y en The Arts Gallery, de la mano de Eamonn Maxwell.

Cuando se estableció en Londres redescubrió el placer de pintar, pero esta vez desde una mirada más libre. Lo que había aprendido en Chile, la dificultad de la técnica, la capacidad de ver múltiples maneras de transformar los materiales, fueron un aventón en un camino que la llevó a pensar que era el momento de ir más allá de un buen dominio de la pintura. No sólo se trataba de la belleza de los paisajes, sino de encontrar en ellos algunos nudos que abrieran las puertas a un relieve crítico entre la temporalidad y la circunstancia: “Hay cosas que seguramente me cuesta definir con palabras y por lo mismo es que me dedico a pintar. Los cuestionamientos del paisaje tienen que ver con preguntas como por qué estoy en un país, o por qué pertenezco a un determinado territorio. Mis obras son un lugar permanente de preguntas”, dice desde París, su actual lugar de residencia, a pocos días de comenzar el montaje en la Galería Patricia Ready de «La Primera Piedra», una serie de pinturas sobre papel y tela. Un título que puede ser leído de diferentes perspectivas: como el acto fundacional en que la primera piedra determina la posición de la estructura. O el acto simbólico donde se da por iniciada la construcción de una obra y, finalmente, en relación al proverbio cristiano “El que esté libre de culpa que lance la primera piedra”.

“Me interesa desde el punto de vista del pecado, el juicio y el perdón. Encuentro interesantes los conceptos de evolución y destrucción asociados aquí y que además tienen un cierto eco en el acto de la pintura”.

## Christiane Pooley en su punto de anclaje

La persistente reflexión sobre los territorios nuevamente aparece en el trabajo de la artista chilena. Pero esta vez como el lanzamiento de un “ancla” y que ella deposita en La Araucanía: su lugar de nacimiento y también el hábitat que funda su imaginario. Esos ecos estarán desplegados a través de 17 pinturas en «La Primera Piedra», que expone en la Galería Patricia Ready hasta el 24 de enero.

Por **Alfredo López J.**



«Lengua materna» (rosado), 2019.  
Óleo sobre tela.  
50 x 40 cm.  
Foto: © ADAGP  
Christiane Pooley



«Cartografía», 2019.  
Óleo sobre tela.  
50 x 40 cm.  
Foto: © ADAGP  
Christiane Pooley

—Desde lo conceptual, ¿cómo relaciona el acto pictórico con el arte contemporáneo que cada día está más cerca del mundo de las ideas y de la filosofía?

“No estoy totalmente de acuerdo con esta idea ya que la pintura está muy presente en los circuitos oficiales del arte contemporáneo, mucho más que antes, como se vio por ejemplo en la última Bienal de Venecia. Una obra pictórica no se reduce sólo a su dimensión material y a su aspecto sensible. El acto pictórico es, a la vez, una forma de reflexión, como la filosofía. Un razonamiento interesante en relación a la pregunta la hace el geógrafo sueco Gunnar Olsson cuando habla sobre la barra que separa el significado del significante. El significante, dice Olsson siguiendo la conceptualización de Saussure, es el sonido o la forma de la palabra escrita, es decir, el soporte material del signo. El significado es la significación que nosotros le atribuimos. Olsson da más o menos el siguiente ejemplo: si pronunciamos el sonido “si”, un inglés entenderá el mar, o sea “sea”. En cambio, un chileno escuchará la conjunción “si”. Para Olsson, lo más interesante de esta representación es la línea de fracción, la raya, la frontera que existe entre ambos. Parece infima, dice, pero hay que mirarla en el microscopio. Su ancho es inmenso, pues se trata simplemente del territorio que habitan los seres humanos. Es ahí, en esa frontera, donde se explica mejor el lugar donde se sitúa la práctica de la pintura que me interesa. Me parece increíble pensar que hoy me enfrento con elementos técnicos relativamente similares a aquellos utilizados por hombres y mujeres para representar un mamífero en una gruta de hace 40.000 años. Ambos cuerpos confrontados a una superficie, un material coloreado y cuestiones sobre cómo representar el mundo visible e intentar desde ahí lograr un sentido”.

—Desde esa reflexión, ¿cómo aparece en su obra la potencia del paisaje de su Chile sureño?

“De diferentes formas. Como un territorio idealizado y recóndito que tiene su origen en las primeras representaciones del paisaje americano con pintores como Frederic E. Church, Ferdinand Bellermann o Anton Goering. Aparece como el escenario donde se han ido sedimentando eventos, recuerdos, historia y olvido. Y, al mismo tiempo, como el lugar de la construcción de la identidad y la memoria de traumas pasados y presentes que repercuten en mi historia personal”.

—En su obra el objeto pareciera adueñarse de los tiempos. ¿Es así, o lo ve de manera inversa?

“Trabajo mayoritariamente con imágenes de lugares que son parte de mi historia y que llevan en sí el testimonio del paso del tiempo: la tierra y el hogar. Es en ellos donde se entrelazan contextos personales, socioeconómicos, culturales y políticos. El punto de partida para esta exposición fue una recolección de imágenes que, de una u otra manera, se relacionan con la región de la Araucanía, el lugar donde nací y crecí. Mi punto de anclaje en el mundo. Las recolecté de los archivos nacionales de ese territorio, registros personales, imágenes de la actualidad y pinté de manera repetitiva algunas de ellas. Como el interior de mi casa de infancia, destruida hace algunos años en un ataque incendiario. Los bosques nativos que se han ido secando lentamente a lo largo de mi vida, o el sol que se esconde detrás de los árboles. Esta repetición funciona como un eco, una idea reiterativa que no podemos controlar, o como una historia que se repite en distintos tiempos, sobre un mismo suelo: la idea de arraigo y desarraigo”.

—¿Cómo observa desde la distancia el momento de crisis social que atraviesa el país?

“Desde la distancia y en una época en que la comunicación llega a través de los medios sociales, es difícil saber qué hacer con la cantidad abrumadora de información visual. Vemos desfilan información que parece objetiva y, al mismo tiempo, imágenes cuyo contexto no es claro y que desatan pasiones, miedos, extremas posturas y polarizan. Fue emocionante, por otro lado, ver la unión de más de un millón de personas manifestando un descontento general, pero también preocupante ver el desborde de violencia, venga de donde venga. Existe esa idea flotante de que la violencia de uno se justifica en la violencia del otro. Y de esa postura del empate no sé cómo podemos salir. Es como si estuviéramos condenados a vivir con la violencia. Más allá de la crisis actual, me parece que tenemos una crisis profunda en cuanto a la percepción binaria y polarizada que existe al interior de nuestra sociedad y que nos hace imaginar que estamos divididos en bandos opuestos: los de izquierda/ los de derecha, los ricos/ los pobres, los nativos/ los colonos. Es una visión reductora que me parece peligrosa”.